



puntos de referencia

CENTRO
DE ESTUDIOS
PÚBLICOS

EDICIÓN DIGITAL
N° 575,
JUNIO 2021

HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

CICLO *LA IZQUIERDA CHILENA: MIRADAS DESDE EL PRESENTE* (2)

Memoria, política y el liderazgo gobernante de la centroizquierda durante la transición chilena

KATHERINE HITE

La izquierda chilena y su política tradicional

CRISTIÁN PÉREZ

El ciclo *La izquierda chilena: miradas desde el presente* fue organizado por el Centro de Estudios Públicos en tres sesiones que se realizaron en marzo de 2021. En este *Puntos de Referencia* se incluyen las contribuciones de Katherine Hite y Cristián Pérez, así como las preguntas del público al final de las conferencias. Este encuentro tuvo lugar el martes 23 de marzo de 2021. La versión en video está disponible en el canal de YouTube del Centro de Estudios Públicos en <https://www.youtube.com/watch?v=M7XVdtcPkmw>.



Memoria, política y el liderazgo gobernante de la centroizquierda durante la transición chilena

KATHERINE HITE

- La proyección de estabilidad, buena gobernabilidad y éxito de Chile ha sido internalizada por las élites políticas tanto dentro como fuera del país. No obstante, el estallido social expuso la insularidad y los límites de la democracia chilena desde los primeros años de la transición posdictatorial.
- Para la izquierda chilena, los recuerdos traumáticos evocan momentos de movilización masiva pero también producen profundos sentimientos de culpa, derrota, impotencia y miedo producto de la pérdida del control político y la brutalidad absoluta del golpe militar. Esto afectó profundamente la forma en que la dirección gobernante de centroizquierda abordó la transición a la democracia: mantener el control era primordial para ellos, a expensas de reformas democratizadoras más profundas, de la regeneración de sus propios partidos y de una política de mayor incorporación ciudadana.
- De hecho, el avance en el terreno de los derechos humanos y en el enfrentamiento del pasado en Chile ocurrió en gran medida a pesar de la dirigencia política chilena posterior al autoritarismo, y no a causa de ella. Incluso el debate sobre la verdad fue constantemente circunscrito a una verdad sin justicia, mientras la izquierda gobernante pasó a un modo defensivo frente al relato histórico de éxito construido por la derecha.
- La presentación concluye que los recuerdos individuales y colectivos de un pasado turbulento y traumático juegan un rol crucial, que ha sido poco teorizado en la política posautoritaria. El estallido social y las luchas actuales por una nueva Constitución han puesto al descubierto las formas en que los legados autoritarios traumáticos pueden remover y afectar dramáticamente a los regímenes democráticos.

Palabras clave: memoria, transición democrática, derechos humanos, conflicto político, gobernabilidad, izquierda

KATHERINE HITE. Es Profesora de la Cátedra Frederick Ferris Thompson en Ciencias Políticas de Vassar College en Poughkeepsie, Nueva York. Se licenció en la Universidad de Duke y obtuvo un máster en Asuntos Internacionales y un doctorado en Ciencias Políticas en la Universidad de Columbia. Es autora de *Politics and the Art of Commemoration: Memorials to Struggle in Latin America and Spain* (Routledge 2012) y *When the Romance Ended: Leaders of the Chilean Left, 1968-1998* (Columbia 2000). Es también coeditora con Cath Collins y Alfredo Joignant de *Política de la Memoria en Chile: De Pinochet a Bachelet* (Santiago de Chile: Universidad Diego Portales/Catalonia, 2014), y con Mark Ungar de *Sustaining Human Rights in the Twenty-First Century: Strategies from Latin America* (Johns Hopkins 2013). Su investigación ha sido apoyada por la Fundación Fulbright, el Consejo de Investigación de Ciencias Sociales y la Fundación Ford. Email: kahite@vassar.edu. Agradezco la invitación de Aldo Mascareño a este seminario y a Manuela Badilla por su traducción del ensayo.

Este ensayo vuelve a mi primer trabajo académico sobre Chile. Mi línea de investigación ha cambiado mucho desde entonces y durante ya un tiempo se ha centrado en la política de la memoria y los memoriales en las Américas. Sin embargo, mi trabajo sobre los líderes de la izquierda chilena ha sido fundamental para mi investigación actual.

Como alguien que vive fuera de Chile y que no ha seguido al país tan de cerca como lo hice alguna vez, comparto lo que muchos extranjeros sintieron sobre Chile este último periodo: una verdadera conmoción respecto a lo que ha ocurrido el último año y medio en el país. Para los extranjeros, Chile ha proyectado una imagen de estabilidad democrática y prosperidad económica durante mucho tiempo, sus líderes políticos promueven el consenso y hasta cierto punto reafirman el capitalismo de libre mercado que ha permeado a la sociedad. Hace tres años, de hecho, mi hija y yo escuchamos al entonces candidato presidencial Sebastián Piñera hablar en el Woodrow Wilson Center en Washington, DC.¹ Su discurso fue una proyección de la destreza política y económica chilena sin precedentes en la región. Por supuesto, esto se espera de los líderes políticos cuando hablan en Washington; sin embargo, se sintió como un mensaje absolutamente internalizado tanto por Piñera como por la audiencia. He pensado en ese discurso muchas veces.

Para los extranjeros, Chile ha proyectado una imagen de estabilidad democrática y prosperidad económica durante mucho tiempo.

Hoy quiero sugerir que la proyección de estabilidad, buena gobernabilidad y éxito de Chile ha sido internalizada por las élites políticas tanto dentro como fuera del país. También me gustaría proponer que para la élite política chilena de la izquierda y centroizquierda, el estallido social expuso la insularidad y los preocupantes límites de la democracia chilena desde los primeros años de la transición posdictatorial, y que es importante examinar la genealogía de ese malestar. Lo que argumentaré se remonta a los recuerdos traumáticos de la pérdida de control de los años de la Unidad Popular (UP), así como de la violencia militar del golpe militar de 1973 y sus años más represivos. Utilizando un marco analítico de la política de la memoria, mi presentación se centrará en el liderazgo de la izquierda y centroizquierda gobernante desde la década de 1990 en Chile y, posteriormente, en las preguntas que este período plantea para el momento político actual. Asimismo, sugiero que, para las generaciones actuales de activistas de izquierda, incluidos los muchos que han salido a las calles, los significados de 1973 y la dictadura son distintos. Hay una sólida línea de investigación reciente al respecto.

¹ Ver Sebastián Piñera, “The Challenges for Sustainable Economic Growth in Chile and the Region”, en Wilson Center. Disponible en: <https://www.wilsoncenter.org/event/the-challenges-for-sustainable-economic-growth-chile-and-the-region> [30 de marzo 2021].

El estudio de la memoria histórica nos permite abrir espacios no convencionales de análisis en los estudios de la transición chilena, así como sobre momentos clave de la política coyuntural del país como el que vive hoy. En trabajos previos he argumentado que los efectos de la memoria traumática se han subestimado como explicación de la transición de los noventa.² Para ilustrar mi argumento me basaré en una pequeña selección de las entrevistas que realicé con líderes de izquierda en la década de 1990 y principios del 2000, y volveré a visitar los primeros debates del Senado chileno en 1990 sobre la necesidad de examinar el pasado con el fin de buscar una reconstrucción y conseguir reformas democráticas. Estos debates recibieron poca atención de los medios, permaneciendo entre las élites políticas y fallando en la incorporación de un público más amplio.

1.

LA MEMORIA DE LA TRANSICIÓN CHILENA: EL TEMOR AL CONFLICTO

Para la izquierda chilena, los recuerdos traumáticos evocan momentos de movilización masiva y de un acalorado debate público, mientras que también producen profundos sentimientos de culpa, derrota, impotencia y miedo. Estos sentimientos contribuirían a un mayor deseo de evitar el conflicto público.³ Tal miedo al conflicto puede resultar problemático para una democracia, particularmente cuando el conflicto a menudo se transmite y analiza en términos reduccionistas como antipatriótico o violento. El miedo de la élite política al conflicto cierra el debate público inclusivo; más aún, clausura la imaginación política. Yo diría que —y esto está claramente influenciado por mi origen norteamericano— en sociedades tremendamente desiguales, la insularidad de la élite política y el fracaso por incorporar a un gran público pueden resultar muy costosos.

Si usamos 1973 como un marco temporal de memoria o momento crítico y examinamos las memorias individuales y colectivas producidas y reproducidas a través de distintos sectores y generaciones en relación con los significados de ese año, podemos detectar patrones que ayudan a dilucidar las perspectivas y comportamientos de la élite política. Estos incluyen la retórica consistente de la élite con respecto a la violencia o la amenaza de violencia, particularmente de la derecha chilena. Sería útil preguntar cómo el miedo al conflicto, profundamente arraigado en la élite política, se tradujo tanto en el período inmediatamente posterior a la dictadura como en el momento actual en lo que yo sugeriría es un miedo a la democracia participativa, incluyendo cierto temor a una Asamblea Constituyente.

² Este artículo se basa ampliamente en Hite (2007).

³ El trabajo de la psicóloga chilena Elizabeth Lira ha influido poderosamente en mi conceptualización de la política traumática. Entre sus trabajos, ver Lira (1997) y Lira y Castillo (1991). Por otra parte, los informes sobre Chile del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) documentaron formas en las que la sociedad contemporánea ha sido afectada por su pasado traumático. Ver, en particular, PNUD (1998).

Varios científicos sociales chilenos han sostenido convincentemente que, para gran parte de la sociedad chilena que vivió el período de 1973, la brutalidad del régimen de Augusto Pinochet infundió temores profundamente arraigados y duraderos con respecto a la seguridad individual y la participación en la esfera pública (Lechner 1988, 1992). La represión dirigida y directa tuvo un efecto multiplicador: el secuestro, la tortura y la desaparición de una persona afectó a muchas más (Salimovich et al. 1992). La represión autoritaria rompió las rutinas tanto individuales como colectivas. Las rutinas colectivas fueron coartadas, reduciéndose al ámbito privado y practicándose con extrema cautela. La atmósfera represiva que garantizaba la estabilidad política produjo más que una ansiedad difusa.

Para aquellos que formaron parte del liderazgo de la UP entre 1970 y 1973, predominan los recuerdos de una dimensión traumática: el haber perdido el control de la UP estando en el poder y la brutalidad de la violencia a partir de entonces. Estos recuerdos desencadenan un profundo sentimiento de culpa por las luchas internas y los errores, así como un sentimiento de ansiedad y derrota que comenzó a sentirse con más fuerza en 1972, durante las huelgas, los sabotajes y otras formas de oposición organizadas contra el gobierno de Salvador Allende. La derrota de septiembre de 1973 significaría para los líderes y militantes de la UP enfrentarse con la muerte de compañeros, con detenciones masivas, las torturas, el exilio, la ruptura de sus organizaciones y sus familias, y con la sensación fuerte de temor.



La represión dirigida y directa tuvo un efecto multiplicador: el secuestro, la tortura y la desaparición de una persona afectó a muchas más.

Esta derrota traumática contribuyó a una continua sensación de impotencia entre un sector relevante de los líderes de la izquierda durante la transición, a pesar del regreso de una parte importante de la izquierda al liderazgo político de la coalición. Los recuerdos traumáticos son internalizados como dimensiones constantemente presentes en la identidad política de los individuos. En este caso, la memoria de esta pérdida del control político, la culpa y posteriormente vivir la brutalidad absoluta del golpe militar y los primeros años de represión masiva, afectaron profundamente la forma en que la dirección gobernante de centroizquierda abordó la transición desde la dictadura a la democracia. Mantener el control, el éxito de la gobernabilidad, era primordial para ellos, a expensas de reformas democratizadoras más profundas, y quizás lo más importante, a expensas de la regeneración de sus propios partidos y de una política de mayor incorporación ciudadana. Lo que se sacrificó a principios de la década de 1990 incluyó una reforma constitucional significativa, acaso una nueva Constitución.

2.

INSULARIDAD, ESTABILIDAD Y LA POSTERGACIÓN DE LOS DERECHOS HUMANOS

Una profundización de la democracia a través de una reforma constitucional significativa o de una nueva Constitución al comienzo de la transición hubiera requerido probablemente que la izquierda gobernante confrontara el pasado y dinamizara el apoyo de sus bases y de la ciudadanía en general. En cambio, la dirección de la izquierda chilena cerró sus filas. El poder de la cúpula y su insularidad reflejaban el deseo de asegurar la estabilidad del nuevo régimen por sobre todas las cosas. En este sentido, causaron muy a menudo la aprobación por parte de los actores de la transición de una serie de instituciones que podrían muy bien haber servido en esa coyuntura y, sin embargo, se volvieron un obstáculo para el funcionamiento de una democracia consolidada.

Además, y como sabemos bien, durante todos los años noventa y los comienzos del nuevo siglo, mientras que la izquierda chilena manifestó de manera repetida un mea culpa por los errores del gobierno de la UP entre 1970-1973, el discurso de la derecha chilena no lo hizo. La derecha chilena asumió una actitud de triunfalismo tanto en relación con la derrota de la izquierda marxista como con la transformación fundamental de la sociedad y el Estado chileno bajo el régimen de Pinochet hacia un Estado neoliberal. De hecho, el avance en el terreno de los derechos humanos y en el enfrentamiento del pasado en Chile ocurrió en gran medida a pesar de la dirigencia política chilena posterior al autoritarismo, y no a causa de ella. La capacidad institucional del autoritarismo de controlar el proceso de cambio político, sin alguna manifestación notable por parte de la élite política de la izquierda en su contra, ha sido una variable fundamental en relación con los modos en que los regímenes democratizantes capacitan y profundizan las democracias, y el caso chileno de los años noventa muestra el serio estancamiento al respecto.

Fragilidad del poder versus estabilidad democrática

No hubo legado más simbólico del autoritarismo en los años noventa que el mismo Pinochet. Mientras enclaves autoritarios formales, consagrados por la Constitución de 1980, continuaban representando claras barreras, la constante visibilidad de Pinochet y sus declaraciones en la esfera pública contribuyeron a polarizar más que a fomentar debates sobre los mecanismos de reconciliación con el pasado. Gran parte del poder del que Pinochet gozó en los años posdictatoriales provenían de su capacidad de mantener una unidad absoluta dentro de las Fuerzas Armadas (FFAA) como institución. Sumado a los poderes formales otorgados a las FFAA por la Constitución de 1980, esa cohesión institucional intramilitar creó un sentido perceptible de autonomía militar y una dudosa correlación de fuerzas entre las instituciones civiles y militares.

En, tal vez, una de las mayores ironías de la detención de Pinochet, muchos de los mismos hombres y mujeres que habían padecido persecución durante la dictadura, incluido el ex ministro de Relaciones Exteriores José Miguel Insulza, se encontraban ahora defendiendo a su antiguo enemigo. El gobierno de Eduardo Frei Ruiz-Tagle salió en defensa de Pinochet. Aparecieron varios informes acerca de que el gobierno chileno presionó al recién fallecido y destacado juez Juan Guzmán para llegar a una solución que lograra evitar la comparecencia judicial del antiguo dictador. Aunque era claro que desde que empezó sus investigaciones en enero de 1998 Guzmán había sido presionado, incluso amenazado, por aquellos leales a Pinochet a causa de sus valientes esfuerzos para hacer que este rindiera cuentas del pasado, es en cierta medida sorprendente que la Concertación también ejerciera la misma presión. El actual senador Insulza fue uno de mis entrevistados.

Según el exsenador socialista Ricardo Núñez, para los socialistas era fundamental la necesidad de demostrar su gobernabilidad:

Nosotros teníamos que mostrar que podíamos gobernar bien; y los países que gobiernan bien son aquellos que reconocen las realidades socioeconómicas de sus países; y en los primeros años, el éxito económico de la transición fue espectacular. Debido a que tuvimos un superávit presupuestario con rangos de crecimiento de un 7%, nosotros sacamos de la absoluta pobreza a un millón de personas pobres, el mercado floreció, y sentimos que esto debía ser un factor constitutivo de la transición chilena. El éxito político, el éxito económico: esto exigía no retornar al pasado, no retornar a 1973.⁴

Los silencios públicos de las élites obstaculizaron los esfuerzos de la sociedad para hacerse cargo del pasado y poder realizar las reformas democráticas e inclusivas necesarias. Los líderes son fundamentales para crear normas, reglas e instituciones que gobiernen o entreguen un marco para el despliegue de lo social; hacerse cargo de los legados históricos depende en buena medida de la definición y articulación de tales legados entre la élite y la ciudadanía. Además, los silencios de la élite afirman, incluso exacerban, el descontento social generalizado con la política chilena (Hite y Morlino 2004). Sin embargo, en la cita, Núñez va más allá, afirmando también su adopción del neoliberalismo, su internalización de un modelo particular de éxito chileno.

Los silencios públicos de las élites obstaculizaron los esfuerzos de la sociedad para hacerse cargo del pasado y poder realizar las reformas democráticas e inclusivas necesarias.

⁴ Entrevista con Ricardo Núñez, 25 de junio de 2002.

Para la senadora y ahora expresidenta del Senado Adriana Muñoz, los recuerdos de su papel como funcionaria del gobierno de la UP y militante del Partido Socialista (PS) enfatizan la intensidad de su implicación en un momento político muy intenso del país. Muñoz se convirtió en subsecretaria del Departamento de Agricultura de la administración de Allende. Tenía veintidós años. Durante la década de 1990, Muñoz luchó en el Congreso por reformas sociales, sobre todo por una ley de divorcio, pero no intercedió en nombre de la ley para que la sociedad civil se movilizara. En la entrevista realizada en 2002, Muñoz lamentó los silencios:

El país tiene miedo al debate; o nosotros, en tanto izquierda abatida, estamos temerosos a ser considerados una vez más como partidarios de la división y la destrucción. Hay un gran trauma dentro de nosotros, y quizás las generaciones futuras estarán dispuestas a recuperar estas memorias con mayor lucidez [...] Yo debo decir que hay una real debilidad de nuestro lado como política de clase, de Concertación, de la izquierda. Nosotros estamos temerosos. Somos extremadamente sensibles a la fragilidad del proceso y a la fragilidad de nuestro poder [...] Yo creo que, si fuéramos la oposición, tendríamos mucho mayor espacio para construir nuestra propia memoria colectiva, nuestras propias fechas; sin embargo, no podemos hacerlo porque estamos gobernando.⁵

Aquí, la senadora Muñoz expresa claramente el miedo al conflicto público que tenía la izquierda gobernante, una creciente preocupación por la estabilidad frente a la fragilidad. Sus palabras también resultarían proféticas con respecto a la condena de una nueva generación respecto de los tremendos costos sociales y políticos de la dictadura y los fracasos del liderazgo de la transición y sus líderes para enfrentarlos.

El país tiene miedo al debate; o nosotros, en tanto izquierda abatida, estamos temerosos a ser considerados una vez más como partidarios de la división y la destrucción.

El interrumpido debate sobre la verdad

Curiosamente, un análisis atento del discurso oficial al interior del Senado desde 1990 hasta el presente revela que, en el primer año del gobierno de la Concertación, los líderes del Congreso, de izquierda

⁵ Entrevista con Adriana Muñoz, 1 de julio de 2002.

a derecha, fueron mucho más abiertos con respecto al pasado que en cualquier año posterior de esa década, incluso si esto no era cubierto por los principales medios chilenos en ese momento. El énfasis de Patricio Aylwin en la “verdad” allanó la arena discursiva, mientras que el descubrimiento de cuerpos momificados previamente desaparecidos en el norte de Chile avanzó en el tono ético-simbólico del debate. El año 1990 representó un espacio de debate oficial, al interior de los muros del Congreso, sobre los cuarenta años anteriores. Los debates estuvieron delimitados por consistentes señales que indicaban que decir la verdad no iría acompañado de una demanda de justicia. Sin embargo, el debate de la élite fue comparativamente breve. Yo diría que el asesinato del senador de la Unión Democrática Independiente (UDI) Jaime Guzmán, el 1 de abril de 1991, volvió a traumatizar a la élite política y se cerró el discurso oficial sobre el pasado.

Durante los primeros meses del nuevo gobierno, los socialistas pidieron repetidamente la programación de una sesión formal del Senado sobre el período 1970-1973. Senadores de derecha, como el senador Ignacio Pérez Walker, y los generales retirados designados por Pinochet, Santiago Sinclair y Bruno Siebert, dedicaron gran parte de su tiempo en el Senado a presentar sus interpretaciones de la historia del régimen militar. En estos primeros meses, ningún relato de la historia prevaleció sobre otro.

Durante los primeros meses del nuevo gobierno, los socialistas pidieron repetidamente la programación de una sesión formal del Senado sobre el período 1970-1973.

El discurso de la Democracia Cristiana (DC) en el Senado fue a menudo de tono bíblico, enfatizando la necesidad de documentar el pasado reciente para sanar a un “Chile herido”, para perdonar, para “ejercitar las dos grandes potencialidades del hombre: su capacidad de conocer y buscar la verdad, motor de la historia, y su capacidad de amar que lo acerca a Dios”.⁶ En general, el discurso del PS demostró ser más condenatorio de la dictadura. El senador Núñez se centró en “la violación sistemática de los derechos humanos por parte del régimen de Pinochet”, incluyendo el tipo de violaciones y la necesidad de especificar los hechos. Núñez personalizó la victimización: “Quienes, por ejemplo, estuvieron encarcelados por largos meses y fueron víctimas del exilio por el solo hecho de haber sido vicerrector de la segunda universidad más importante del país, tienen un gran apego a la verdad y a

⁶ Mariano Ruiz-Esquide, Senado, Sesión Novena, 25 de abril de 1990, pp. 340-41.

la justicia, pero nunca a la venganza, ni mucho menos a la violencia”.⁷ Núñez y su compañero de partido, el senador socialista Jaime Gazmuri, denunciaron, en el Congreso y ante la prensa, a miembros derechistas del Senado por comentarios antidemocráticos y diseñados para infundir miedo en los chilenos con respecto a las posibles consecuencias de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación designada por Aylwin.⁸

Los políticos de derecha exigieron que la Comisión de Verdad reformulara su comprensión de la historia violenta, primero ampliando el cronograma de investigación de la Comisión para incluir la década de 1960. El senador de la UDI Eugenio Cantuarias insistió en que la Comisión reconociera que “la violencia en Chile se originó en la segunda mitad de la década de 1960”, tanto con la creciente radicalización del PS como con la aparición del MIR.⁹ Y, de hecho, la síntesis histórica de la Comisión Rettig consideró la insistencia de Cantuarias.

La narrativa de Cantuarias resucitó lo que para la élite derechista resultó ser el momento más traumático de la historia contemporánea: la expropiación de la propiedad privada en el campo chileno. A raíz de su apoyo a Eduardo Frei Montalva en las elecciones de 1964, la derecha chilena vio la ley de Reforma Agraria del gobierno de Frei como una traición inaceptable. Más profundamente, la Reforma marcó el signo más visible de ruptura de un orden social que cada vez se tornaba más frágil y amenazado. La propiedad privada estaba siendo atacada. La tierra estaba siendo arrebatada de las manos de familias que habían sido sus dueñas durante generaciones. No hay duda de que, para los sectores de la derecha chilena, el ascenso y el aumento del poder político tanto de los reformistas sociales dedicados como de los radicales comprometidos a mediados y finales de la década de 1960 resultó traumático, y esta sensación de trauma aún impregna el discurso de la derecha sobre el pasado.¹⁰

Los políticos de derecha exigieron que la Comisión de Verdad reformulara su comprensión de la historia violenta, primero ampliando el cronograma de investigación de la Comisión para incluir la década de 1960.

⁷ Ricardo Núñez, Senado, Sesión Novena, 25 de abril de 1990, pp. 353-54.

⁸ Ver Ricardo Núñez, Senado, Sesión 11, 8 de mayo de 1990, p. 439, y Jaime Gazmuri, Senado, Sesión 12, 9 de mayo de 1990, p. 479.

⁹ Eugenio Cantuarias, Senado, Sesión 11, 8 de mayo de 1990, pp. 437-8.

¹⁰ El historiador chileno Alfredo Jocelyn-Holt Letelier principalmente sienta las bases de este argumento en su libro *El peso de la noche: nuestra frágil fortaleza histórica* (Jocelyn-Holt 1997). En un trabajo anterior y más detallado de la historia política chilena, Brian Loveman plantea un argumento similar sobre el quiebre de la estructura social chilena y los compromisos políticos que lo acompañaron. Ver su libro *Chile: The Legacy of Hispanic Capitalism* (Loveman 1979).

En el transcurso de 1990 son numerosas las alusiones a momentos históricos políticamente tensos. Por ejemplo, protestando por la aparición de brigadas muralistas en Santiago, el senador derechista Francisco Prat sugirió que tales brigadas “generarían una clara percepción al transeúnte y, por ende, a la ciudadanía de que en el Gobierno y en el régimen democrático que se inicia vuelven a predominar los grupos organizados que, bajo el paraguas de la acción de los murales, esconden estructuras, métodos y quizás elementos paramilitares”.¹¹

Concesión: el triunfo del relato de derecha

El debate del Senado más polémico de la década de 1990 sobre el pasado tuvo lugar inmediatamente después del descubrimiento de los cuerpos momificados en Pisagua. Los senadores de derecha continuaron insistiendo en que los militares habían salvado al país. Para apoyar sus afirmaciones, los senadores designados por Pinochet y los senadores de Renovación Nacional (RN) y la UDI se basaron comúnmente en los discursos y cartas de los líderes demócrata cristianos en 1973 en los que condenaban al gobierno de la UP y apoyaban el golpe.¹²

Uno de los senadores chilenos de derecha más francos, por supuesto, fue Jaime Guzmán. Guzmán defendió consistentemente los logros del régimen militar, criticó a quienes calificaron al régimen de “dictadura” y mezcló sus discursos con advertencias levemente veladas hacia quienes podrían ofender a las FFAA.¹³ Guzmán se representó a sí mismo como el portavoz de Pinochet, manifestando el descontento del general con las denuncias del gobierno de la Concertación en contra de su régimen. En los días previos a su asesinato, el 1 de abril de 1991, Guzmán tomó el liderazgo al rechazar una propuesta presentada por RN para otorgar a Aylwin el poder de indultar a los presos políticos (Cavallo 1998, 96).

Sería el propio Pinochet quien saldría del hospital para anunciar la muerte de Guzmán. Una multitud enojada de partidarios de Guzmán se reunió frente al Hospital Militar para denunciar al gobierno de la Concertación como blando contra el terrorismo y demandar —algunos de ellos— el regreso de la DINA, la notoria agencia de inteligencia del régimen de Pinochet (Cavallo 1998, 96-97). Tres días después del asesinato de Guzmán, el general Pinochet se reunió con el presidente Aylwin y anunció que el ejército había determinado que el país estaba en “Fase D”, la etapa anterior a una guerra urbana de guerrillas (Cavallo 1998, 102). En los meses posteriores al asesinato, el discurso oficial se centró en

¹¹ Francisco Prat, Senado, Sesión Cuarta, 3 de abril de 1990, p. 193.

¹² Tales referentes causaron evidente consternación en la Concertación. Los senadores de derecha se basaron en los discursos de Eduardo Frei Montalva y Patricio Aylwin en el Senado en agosto de 1973 pidiendo la censura de la UP, así como en una carta fechada el 17 de septiembre de 1973, firmada por Aylwin, que condonaba la toma militar. El referente que generó mayor protesta fue la utilización por parte del senador Cantuarias de la UDI de una supuesta entrevista de Frei Montalva, concedida al diario español ABC un mes después del golpe. Hijo del fallecido presidente Frei, el senador Eduardo Frei Ruiz-Tagle, rápidamente se puso de pie para denunciar el uso de una entrevista que había sido probada como “¡absolutamente falsa!”. Senado, Sesión 9, 19 de junio de 1990, p. 695.

¹³ Quizás reconociendo el hecho de que los discursos del Senado rara vez aparecían en la prensa popular, Jaime Guzmán propuso concentrarse en este último. Los senadores de la Concertación lo reprendieron por esto. Ver Ricardo Núñez, Senado, 8 de mayo de 1990, p. 439. Ver también Jaime Guzmán, Senado, Sesión Primera, 29 de mayo de 1990, pp. 63-6.

la lucha contra el terrorismo, entendido en el aquí y ahora, llevado a cabo por agentes no estatales. El asesinato de Guzmán traumatizó a la dirección de la Concertación, y la oposición de derecha la interpeló tanto en el terreno discursivo como en el anti-reformista. En una entrevista de 2002, el senador Núñez reflexionó sobre la resurrección del trauma que sintió la izquierda en el momento del asesinato:

Ninguno de los actores centrales de la transición deseaba el debate de 1973. Ninguno deseaba adueñarse de los hechos de 1973 para proyectarlos en 1990. Nosotros sentimos que si hubiéramos revisitado las contradicciones de 1973 no hubiera habido transición. Y en esta escena, las personas más responsables por no circular, discutir el reporte Rettig, fueron las personas dentro de la izquierda. No la DC. Y mucho menos la derecha o los militares. Nosotros fuimos responsables. Quizás donde pecamos fue con una tremenda responsabilidad, yo incluido, que fui un líder. Porque aquellos de nosotros que le dimos un impulso a la transición, fuimos los mismos quienes habíamos sido una parte de 1973, los mismos quienes fuimos a la cárcel, al exilio, quienes fueron torturados. Diría que, en el mundo subjetivo de la política, nosotros sentimos que, para tener una transición, no podíamos retornar a 1973.

En segundo lugar, estábamos convencidos de que un sector importante de la derecha no deseaba la transición. Y aquel sector era liderado por Pinochet. Y uno no puede olvidar que, durante los tres primeros años, hubo intentos de involución que marcaron la transición chilena: el boinazo. Hubo un constante remanente de un sector poderoso, incluido los “ex” de la Central Nacional de Inteligencia —militares fuertemente implicados en abusos de los derechos humanos— y sectores civiles que nunca les gustó la transición porque nunca les gustó la democracia. Es por ello que el tema de los derechos humanos no fue el de mayor interés.¹⁴

Ninguno de los actores centrales de la transición deseaba el debate de 1973. Ninguno deseaba adueñarse de los hechos de 1973 para proyectarlos en 1990.

Es interesante notar la evaluación de Núñez cuando antes de la muerte de Guzmán, Núñez era un miembro franco, el más franco, de la izquierda en el Senado respecto al llamado a explorar la crisis de 1973. Los recuerdos del senador socialista de principios de la década de 1990 revelan el carácter de caja de Pandora de la política chilena de ese momento, en la que un gobierno democrático aparentemente asegurado operaba en medio de amenazas reales e imaginarias de fuerzas no democráticas. La memoria de Núñez de ese período se vio ensombrecida por el fracaso de la izquierda gobernante

¹⁴ Entrevista con Ricardo Núñez, 25 de junio de 2002.

durante la mayor parte de la década de 1990 de presionar por la revisión pública del pasado. Esto no significó que el pasado simplemente desapareciera: por el contrario, los grupos de derechos humanos continuaron exigiendo una rendición de cuentas, los abogados que representaban a las familias de las víctimas de derechos humanos continuaron presionando en los tribunales, los cuerpos continuaron siendo exhumados. La izquierda gobernante pasó a un modo defensivo.¹⁵

En una entrevista en 1998, la senadora Isabel Allende no temía expresar sus frustraciones con respecto al miedo al conflicto de sus colegas:

Todavía hay muchos miedos reales. Y cualquier cosa que aparezca como un conflicto es algo visto como muy preocupante. En principio, todos nosotros deseamos evitar un conflicto, pero hay ocasiones en que crearemos más conflicto tratando de evitarlo. Hoy, nosotros estamos en la negación absoluta de un conflicto, lo cual crea un tipo de consenso que en parte es superficial. Hay una gran porción real de la población que continúa traumatizada. El tema del conflicto en su totalidad, la violencia, es algo preocupante para nosotros. Sin embargo, por otro lado, hay un tipo de vulgarización de la política —tanto del lado de la derecha como del lado del Partido Demócrata Cristiano— en un giro completamente errado, donde se trata de perfilar al partido como el garante de la estabilidad. Nosotros tenemos las mismas habilidades, los mismos intereses, las mismas capacidades; entonces ahora nuestro reto, en tanto Concertación, es cómo avanzar unidos hacia la próxima presidencia, pero deshaciéndonos de la tendencia a crear fantasmas alarmantes. Nosotros tenemos que romper ese patrón.¹⁶

En una entrevista en 1998, la senadora Isabel Allende no temía expresar sus frustraciones con respecto al miedo al conflicto de sus colegas.

Ricardo Núñez pasó sus años como senador enfrentándose a otros miembros del Senado que incluían a ex ministros civiles de Pinochet y altos oficiales militares. En el Senado desafió los relatos derechistas tanto generales como específicos sobre el período de la UP, el golpe militar y la represión. Núñez observó de primera mano que la derecha chilena continuaba negando su culpabilidad por los errores y atrocidades del pasado y concluyó que la derecha no modificaría su interpretación del pasado:

¹⁵ Después de una serie de comentarios particularmente atroces emitidos por Pinochet sobre las exhumaciones, por ejemplo, los congresistas de la Concertación denunciaron la insensibilidad del general. Ver *La Época* (1991, 13).

¹⁶ Entrevista con Isabel Allende, 12 de junio de 1998.

Chile es un país que niega su historia permanentemente. Un tipo de síndrome que nunca acepta ni reconstruye su pasado, porque tanto para la derecha como para la clase financiera (o de los negocios) y los militares —lo mismo para la izquierda en su estado de frustración— todos nosotros vemos el pasado como un momento en el cual todos cometimos errores. Los errores de la dictadura fueron horriblos —violación de los derechos humanos, negación de los derechos básicos—; sin embargo, en cualquiera de los casos, nosotros hemos intentado, todos, olvidar el pasado, lo cual representa un error grave en la transición chilena, y quizás una de las dificultades y obstáculos más fundamentales para la reconstrucción nacional.¹⁷

El 16 de agosto de 2000, la oposición derechista propuso —y se le concedió— una sesión extraordinaria sobre “Causas de la Situación Existente en Chile el 11 de septiembre de 1973”. El contexto político de la solicitud, sin embargo, fue dramáticamente distinto al de 1990. La derecha consideró que la sesión era una respuesta necesaria al desafuero de Pinochet, una decisión de la Corte Suprema que había desconcertado a sus simpatizantes.

La sesión del Senado resultó ser la audiencia senatorial más larga sobre el período anterior a 1973 desde el inicio de la transición. Si bien la derecha ocupó más tiempo en la sala que los senadores de la Concertación, el debate incluyó relatos detallados de todo el espectro político, abordando una variedad de organizaciones, eventos y posiciones de los años anteriores a 1973. La sesión del Senado confirmó las afirmaciones previas de Núñez sobre las interpretaciones derechistas de la historia. Sin embargo, la sesión también simbolizó para la izquierda romper el silencio sobre el pasado.

El 16 de agosto de 2000, la oposición derechista propuso —y se le concedió— una sesión extraordinaria sobre “Causas de la Situación Existente en Chile el 11 de septiembre de 1973”.

No obstante, a pesar de estas manifestaciones internas de interés por volver a analizar el pasado en relación con el presente, la izquierda gobernante chilena no parecía querer incorporar ni a sus militantes ni a una franja más amplia de la ciudadanía chilena en tales debates. A lo largo de la década de 1990, la élite de izquierda le restó importancia a una política de regeneración de sus partidos socializando a los militantes más jóvenes, y menos aún se interesó por una movilización de apoyo para iniciativas de

¹⁷ Entrevista con Ricardo Núñez, 25 de junio de 2002.

reforma democratizadora. Yo diría que los recuerdos traumáticos de pérdida de control de militantes y masas durante los años de la UP continuaron acechando a las élites de izquierda, sacrificando así una política de integración.

3.

PALABRAS FINALES

Los recuerdos individuales y colectivos de un pasado turbulento y traumático juegan un papel crucial y que ha sido poco teorizado en la política posautoritaria. El estallido social y las luchas actuales por una nueva Constitución han puesto al descubierto las formas en que los legados autoritarios traumáticos pueden remover y afectar dramáticamente a los regímenes democráticos. Me sorprende que la preocupación actual de sectores de la élite política chilena —con respecto al uso de la violencia o el potencial de violencia entre las enormes masas de manifestantes del último año y medio— se parezcan a las preocupaciones de la élite política de los primeros años de la década de 1990 durante la transición de la dictadura, incluso si la correlación de fuerzas entonces era dramáticamente diferente a la de hoy. La intensa preocupación de la élite política de hoy por la estabilidad, equiparada con la ausencia de conflictos, disturbios o movilizaciones masivas, me recuerda bastante a la década de 1990. Esto abre reflexiones y preguntas comparativas sobre las implicaciones y consecuencias de dichas preocupaciones tanto entonces como ahora.

Podemos plantear varias preguntas desde la perspectiva de los marcos de la memoria sobre cómo interpretar la coyuntura política actual: ¿Qué memorias colectivas de la UP y la dictadura se han reproducido entre las masas de personas que han protestado y cerca del 80% que votó a favor de una Convención Constitucional? ¿Cómo deberíamos pensar las distinciones que surgen del mapeo por barrios o comunas de los votos a favor y en contra de una nueva Constitución? ¿Qué podría sugerir un marco de memoria sobre esto? Existe una gran cantidad de muy buena literatura sobre las generaciones posteriores a la dictadura y su comprensión del pasado, incluso en relación con la movilización en el presente, por lo que me tendrán que invitar junto a otros que estén realizando estos estudios para otra discusión.

BIBLIOGRAFÍA

- Cavallo, A.** 1998. *La historia oculta de la transición: Memoria de una época, 1990-1998*. Santiago: Editorial Grupo Grijalbo-Mondadori.
- Hite, K.** 2007. La superación de los silencios oficiales en el Chile post autoritario (1-41). Pérotin-Dumon, A. (ed.), *Historizar el pasado vivo en América Latina*, Universidad Alberto Hurtado, 2007. Disponible en: <http://etica.uahurtado.cl/historizarelpasadovivo/es> [30 de marzo 2021].
- Hite, K. y Morlino, L.** 2004. Problematizing Authoritarian Legacies and Good Democracy (25-83). En Hite, K. y Cesarini, P. (eds.), *Authoritarian Legacies and Democracy in Latin America and Southern Europe*. South Bend, IN: University of Notre Dame Press.
- Jocelyn-Holt, A.** 1997. *El peso de la noche: nuestra frágil fortaleza histórica*. Santiago: Planeta.
- La Época.** 1991. Senadores molestos por declaraciones de Pinochet. *La Época*, 4 de septiembre 1991.
- Lechner, N.** 1988. *Los patios interiores de la democracia: subjetividad y política*. Santiago: FLACSO.
- Lechner, N.** 1992. Algunas personas mueren de miedo: el miedo como problema político (26-38). En Corradi, J., Weiss, P. y Garretón, M.A. (eds.), *Fear at the Edge: State Terror and Resistance in Latin America*. Berkeley: University of California Press.
- Lira, E.** 1997. Remembering: Passing Back Through the Heart (223-235). En Pennebaker, J., Páez, D. y Rimé, B. (eds.), *Collective Memory of Political Events: Social Psychological Perspectives*. Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum Associates Publishers.
- Lira, E. y Castillo, M. I.** 1991. *Psicología de la amenaza y del miedo*. Santiago: ILAS-CESOC.
- Loveman, B.** 1979. Chile: *The Legacy of Hispanic Capitalism*. New York: Oxford University Press.
- PNUD.** 1998. *Desarrollo Humano en Chile 1998: Las paradojas de la modernización*. Santiago: PNUD.
- Salimovich, S., Lira, E. y Weinstein, E.** 1992. Victims of Fear: The Social Psychology of Repression (72-89). En Corradi, J., Weiss Fagen, P. y Garretón, M.A. (eds.), *Fear at the Edge: State Terror and Resistance in Latin America*. Berkeley: University of California Press.

La izquierda chilena y su política tradicional

CRISTIÁN PÉREZ

- En la actualidad, nos encontramos en Chile en un momento refundacional en el que mucho de lo que antes nos representaba ha dejado de tener valor. Particular importancia en esta demanda han tenido los jóvenes de sectores populares. Hoy debemos preguntarnos si quienes actuaron de esa forma lo hicieron en continuidad con las prácticas políticas de la izquierda tradicional.
- La izquierda tradicional nace como una respuesta del mundo popular a la explotación de la modernidad capitalista. En sus prácticas políticas, socialistas y comunistas tenían un fuerte compromiso con la estrategia parlamentaria o vía pacífica, tratando de acceder al poder en el marco de la Constitución y la ley. Las contiendas electorales son acompañadas de la organización de la sociedad. Socialistas y comunistas crean sindicatos, federaciones, confederaciones y la Central Única de Trabajadores; fundan comités de pobladores sin casa, centros de alumnos y compiten por ganar las federaciones universitarias.
- En dictadura, el Partido Socialista (PS) se fragmentó y se abrió al dilema de si iniciar un acercamiento a la socialdemocracia internacional o seguir vinculado al socialismo real. El Partido Comunista (PC) diseña la “Política de Rebelión Popular de Masas”, de corta duración. En la transición, el PS se alejó de su acerbo teórico marxista. El PC sintió la caída de la Unión Soviética. En términos ideológicos continuó adscribiendo al marxismo-leninismo y reafirmando su vocación democrática.
- La nueva izquierda actual se concibe como ciudadana. Su marco teórico no reconoce las ideologías de la izquierda tradicional como propias, aunque sus definiciones teóricas no son precisas. Esta nueva izquierda tuvo mayor cercanía con los manifestantes de Octubre, pero no contaba con estructuras territoriales para conducirlos.
- Los jóvenes de sectores populares que participaron del estallido social han recuperado parte de la memoria histórica de la izquierda, pero como tienen una profunda desconfianza con la política, no rescatan el recuerdo más importante que es la vía electoral. Sobre estos jóvenes, ni la izquierda tradicional ni la nueva izquierda ciudadana tiene mayor influencia. Aunque esta última tiene mayor cercanía por una cuestión generacional.

Palabras clave: izquierda tradicional, prácticas políticas, nueva izquierda, vía electoral, Partido Socialista, Partido Comunista

CRISTIÁN PÉREZ. Es Profesor de Estado de Historia. Candidato a doctor en Ciencia Política, Universidad de La Habana, Cuba. Becado en investigación, Universidad de Princeton, Estados Unidos. Fue investigador titular del Centro de Estudios Públicos (CEP) y actualmente es académico de la Escuela de Periodismo de la Universidad Diego Portales. Autor de artículos y libros sobre la izquierda latinoamericana como *Vidas Revolucionarias* (Editorial Universitaria 2014), *Memorias militantes. Hernán del Canto un hombre de Allende* (Ventana Abierta 2016) y *Viaje a las Estepas: Cien Jóvenes Chilenos Varados en la Unión Soviética tras el Golpe* (Catalonia 2018). Email: cristian.perez@udp.cl. Es necesario precisar que este seminario fue realizado antes de las elecciones de constituyentes de 2021.

Poco después de las dos de la madrugada del viernes 12 de marzo de 2021, con honores militares, la estatua del general Manuel Baquedano fue retirada desde la Plaza Italia. En ese lugar había sido colocada en 1928 en una ceremonia encabezada por el dictador Carlos Ibáñez del Campo. El retiro de la imagen que homenajea a uno de los héroes de la Guerra del Pacífico simboliza la derrota del gobierno de Sebastián Piñera en el control del orden público, y la del antiguo contrato social que hizo posible que el monumento permaneciera en esa plaza por casi un siglo, como agradecimiento al heroísmo del Ejército en esa contienda. Esto, pienso, marca el momento refundacional en que nos encontramos, donde mucho de lo que antes nos representaba ha dejado de tener valor.

1.

MEMORIA HISTÓRICA

Quienes, desde octubre de 2019, exigieron que la estatua fuera sacada porque no representaba los nuevos valores, son jóvenes estudiantes, profesionales con y sin empleo, ciclistas, integrantes de las barras de equipos de fútbol, entre otros. Particular importancia en esta demanda han tenido, creo, los jóvenes de sectores populares, quienes no cuentan con muchas opciones para estudiar ni para acceder a bienes de consumo, y tienen gran recelo de las élites a las que responsabilizan de su situación. Históricamente no han participado en actividades políticas como campañas electorales y tampoco han votado.

Durante el estallido social, en los barrios y en el centro de las ciudades, estos jóvenes enfrentaron a carabineros y militares. Uno de los objetivos era liberar espacios para que otras personas se manifestaran con tranquilidad. El ejemplo más nítido de lo que digo fue la llamada “primera línea” que, al mantener ocupadas a las Fuerzas Especiales lejos del centro de las manifestaciones, hacían posible que miles de personas se expresaran con tranquilidad. Eso, al menos, es lo que muchos de los asistentes a esas protestas piensan.

En los años ochenta, bajo el autoritarismo, la estrategia de impedir la entrada de fuerzas policiales y militares a barrios populares, calles, sedes sociales, escuelas, liceos y universidades donde había protestas anti-dictatoriales fue significativa. En reiteradas oportunidades, estudiantes y pobladores agrupados en milicias y comités de autodefensa de masas,¹ enfrentaron a las fuerzas de orden. Cuatro décadas después, en el marco del estallido social de octubre de 2019, en Santiago, Valparaíso, Concepción,

¹ Las más importantes fueron las Milicias Rodriguistas del PC; las Milicias de la Resistencia Popular del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR); las Milicias Populares Allendistas de la Dirección Colectiva (comandantes) del PS, y los Destacamentos Populares 5 de Abril del PS (Almeyda). Los Comités de Autodefensa de Masas operaban principalmente en el ámbito estudiantil. Estaban conformados por estudiantes de distintos partidos.

Temuco, Punta Arenas, Iquique, Los Andes, Antofagasta y muchas otras ciudades, los jóvenes hicieron una recuperación de parte de la memoria histórica de la izquierda, que, en aspectos como la instalación de barricadas a la entrada de poblaciones, liceos y universidades, cadenas para interrumpir el suministro eléctrico, hizo recordar las acciones anti-dictatoriales ochenteras.

Entonces, debemos preguntarnos si quienes actuaron de esa forma lo hicieron porque existe una continuidad de las prácticas políticas de la izquierda tradicional que se mantiene hasta nuestros días.

2.

LA IZQUIERDA TRADICIONAL

Para el historiador Alfredo Riquelme, la izquierda tradicional era una cultura política fuertemente enraizada en la sociedad. Eran colectivos que estaban unidos en una larga marcha que fusionó historia y utopía para construir una sociedad mejor (Riquelme Segovia 2021a, 2021b). Era una izquierda firmemente asentada en sus acerbos teóricos en que predominaban el marxismo, el leninismo y, en el PS, también el trotskismo y el latinoamericanismo. Así, la izquierda chilena estaba compuesta —y esto es sumamente importante— por partidos que adaptaban perfectamente la ideología internacional a la realidad nacional.

La izquierda tradicional en Chile nace como una respuesta del mundo popular a la explotación de la modernidad capitalista. Se constituyó formalmente en 1912 en el puerto de Iquique, cuando el obrero tipógrafo Luis Emilio Recabarren y un pequeño grupo de revolucionarios fundaron el Partido Obrero Socialista (POS). Desde el comienzo, la acción política de esta organización se adecuó a las condiciones existentes, adaptando su ideología marxista al devenir social chileno, es decir, a las “condiciones objetivas”,² de un país con alta explotación capitalista, pero que contaba con un sistema democrático estable. Sus esfuerzos se concentraron en las elecciones y en la organización de la naciente clase obrera.

² Término leninista que trata sobre las condiciones para el éxito de un proceso revolucionario. Las condiciones según Lenin son: “1) La imposibilidad para las clases dominantes de mantener su dominio en forma ‘inmutable’ debido a la profunda crisis que ha afectado a estas clases, crisis que provoca el descontento y la indignación de las clases oprimidas. Para que estalle la revolución ordinariamente no basta que ‘los de abajo no quieran vivir’ como antes, sino que hace falta también que ‘los de arriba no puedan vivir’ como hasta entonces. 2) Una agravación fuera de lo común, de la miseria y de los sufrimientos de las clases oprimidas. 3) Una intensificación considerable, por estas causas, de la actividad de las masas, que en tiempos de ‘paz’ se dejan expoliar tranquilamente, pero que en épocas turbulentas son empujadas, tanto por toda la situación de crisis, como por los de arriba, a una acción histórica independiente. Sin estos cambios objetivos, no sólo independientes de la voluntad de los distintos grupos y partidos, sino también de la voluntad de las diferentes clases, la revolución es, por regla general, imposible. El conjunto de estos cambios objetivos es precisamente lo que se denomina situación revolucionaria” (Lenin 2021).

Sus empeños tuvieron un éxito relativo en los comicios parlamentarios de 1921, al elegir como diputados a Recabarren y Luis Víctor Cruz.³

Al año siguiente, en el Congreso de Rancagua el POS adopta el nombre de Partido Comunista, y a fines de los años 20 realiza el proceso de bolchevización para ser admitido en la Tercera Internacional (Internacional Comunista), por lo que al marxismo fundacional le adhiere el leninismo. Aunque puede resultar contradictorio, con ese bagaje ideológico internacional la práctica política comunista estuvo determinada por la vía pacífica o electoral, apuntando a la participación en las elecciones, la organización de trabajadores, estudiantes, campesinos y pobladores sin plantearse la constitución de un movimiento armado para conseguir el poder.

Algunos años después, en abril de 1933, varios grupos de intelectuales, militares y obreros revolucionarios, al concluir que la República Socialista de 1932 no había contado con un partido revolucionario que la apoyara,⁴ fundan el Partido Socialista de Chile. En términos ideológicos la nueva colectividad se declara marxista, latinoamericanista, permaneciendo abierta a los aportes teóricos que el devenir social produjese. Treinta y tres años después, en la Conferencia de Organización de 1966, por la influencia de los trotskistas que habían ingresado a la colectividad en la década anterior,⁵ acepta el leninismo como parte de su acervo teórico. Este partido, a diferencia del PC, no se afilió a las internacionales que se disputaban la hegemonía en la izquierda mundial. Así, el PS desde su fundación tuvo un objetivo revolucionario y una táctica electoral para conseguirlo.

En términos ideológicos la nueva colectividad se declara marxista, latinoamericanista, permaneciendo abierta a los aportes teóricos que el devenir social produjese.

³ En 1906, antes de la fundación del POS, Luis Emilio Recabarren había sido electo diputado por Valparaíso, pero no llegó a ocupar su escaño en el Congreso porque se negó a la exigencia de jurar “por Dios” su cargo; entonces los sectores más conservadores hicieron una acusación de fraude que le arrebató la diputación.

⁴ El PC se opuso a este gobierno acusándolo de “putschistas” y de representar a la burguesía revolucionaria, llamando a la creación de sóviet de obreros, militares y estudiantes. Se formó uno en la Universidad de Chile.

⁵ En el X Pleno de la IV Internacional en 1952 se aprueba la política del “entrismo”. Básicamente se trata de que los trotskistas ingresaran a un partido de masas para conducir el proceso revolucionario. En Chile, el Partido Obrero Revolucionario (POR) la implementó en 1954, cuando gran parte de sus militantes entraron al Partido Socialista Popular, una de las fracciones en que estaba dividido el PS.

En la década de los sesenta, a estos partidos que forman la izquierda tradicional se unieron el MIR y el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU). Estas organizaciones a poco de su fundación adquieren importancia ampliando el espectro ideológico y las prácticas políticas. Por lo que, creo, aunque existan décadas de diferencia entre sus fundaciones, deben considerarse dentro de la izquierda tradicional o izquierda antigua.

El MIR fue fundado en 1965, y desde el III Congreso de 1967 adhiere a la estrategia leninista para acceder al poder, incorporando a su política revolucionaria a los “pobres del campo y la ciudad”. Entonces, es un partido leninista con algunas concepciones ideológicas tomadas del guevarismo como la idea del “hombre nuevo” (Guevara 1977). El MIR no formó parte de la Unidad Popular (UP) de Salvador Allende,⁶ aunque tardíamente llamó a votar por él en las elecciones de 1970. En la primera etapa del gobierno colabora en la seguridad presidencial integrando el Grupo de Amigos Personales (GAP). Desde fines de 1972 se opuso a la UP, intentando seguir a los revolucionarios que habían transitado de la revolución de febrero a la de octubre, hecho que había marcado el comienzo de la Revolución Rusa.⁷

El MIR fue fundado en 1965, y desde el III Congreso de 1967 adhiere a la estrategia leninista para acceder al poder, incorporando a su política revolucionaria a los “pobres del campo y la ciudad”.

El MAPU surgió en mayo de 1969 de una escisión del Partido Demócrata Cristiano (DC), y fue una pieza importante en la victoria de Salvador Allende al año siguiente, porque amplió el espectro electoral de la izquierda tradicional, sumando parte de la pequeña burguesía ilustrada de origen católico, sectores de campesinos beneficiados con la Reforma Agraria, y obreros que en las elecciones de 1964 habían apoyado a Eduardo Frei Montalva. A poco andar, también adhiere al marxismo.

⁶ La coalición de gobierno estuvo formada por: Partido Socialista de Chile, Partido Comunista, Movimiento de Acción Popular Unitario (MAPU), Acción Popular Independiente (API) y el Partido Social Demócrata (PSD). En 1971 se incorporaron la Izquierda Cristiana (IC) y el Partido Izquierda Radical (PIR).

⁷ Para la estrategia del MIR en esa época, véase Pérez y Berástegui (2014).

3.

PRÁCTICA POLÍTICA DE LA IZQUIERDA TRADICIONAL (1960-1989)

Como ya contamos, los partidos de izquierda (socialista, comunista) tenían un fuerte compromiso con la estrategia parlamentaria o vía pacífica, tratando de acceder al poder en el marco que permitía la Constitución y la ley. A fines de los años treinta, el PC junto a socialistas y radicales constituye el Frente Popular, que con Pedro Aguirre Cerda gana las elecciones de 1938. Diez años después, producto de la alineación del gobierno de Gabriel González Videla con Estados Unidos en el marco de la Guerra Fría, el PC fue ilegalizado, sus militantes borrados de los registros electorales, y centenares de dirigentes confinados en el campo de concentración de Pisagua. En 1958, encontrándose aún en la ilegalidad, el PC expulsa a Luis Reinoso, secretario de organización y segunda autoridad de la organización, por proponer la radicalización de la política comunista. Así de cómoda se encontraba la colectividad con la vía pacífica o electoral.

En los años sesenta, cinco décadas después de su nacimiento, siguiendo la antigua práctica política, socialistas y comunistas canalizaban sus esfuerzos en las elecciones para conseguir el mayor número de regidores, alcaldes, diputados, senadores, y, en algún momento, alcanzar la presidencia de la república. Para el trabajo electoral contaban con estructuras territoriales en las zonas urbanas, en el norte minero y en el extremo sur. A esto, se agregaban liderazgos locales y regionales, y desde los comicios de 1958 tenían en Salvador Allende un candidato presidencial con opciones de ganar la presidencia.

Las contiendas electorales son acompañadas de la organización de la sociedad. Así, en el ámbito del trabajo socialistas y comunistas crean sindicatos, federaciones, confederaciones y la Central Única de Trabajadores; en los territorios marginales fundan comités de pobladores sin casa, que realizan tomas de terrenos que se constituyen en poblaciones como La Victoria; en el sector educacional forman centros de alumnos y compiten por ganar las federaciones universitarias. Además, realizan eventos en el ámbito cultural en que tienen presencia porque numerosos artistas y actores militan en los partidos de izquierda. Con la consigna “la tierra para el que la trabaja”, constituyen orgánicas en el campesinado. También impulsan paros nacionales como, por ejemplo, el de los “chiribonos” contra Eduardo Frei en 1967 (Pérez 2015).⁸ En esta huelga no fue ajena la piedra y la barricada.

Después de las elecciones de 1964, en las que la derecha se unió a la DC para impedir el triunfo de Allende, en el PS se crean grupos inspirados en la Revolución Cubana, que cuestionan la política electoralista de la colectividad. Los más importantes fueron el Ejército de Liberación Nacional (“los eleños”), cuyo principal objetivo era apoyar la estrategia del Che Guevara y sus continuadores en Bolivia;

⁸ Hernán Del Canto, como alto dirigente de la Central Única de Trabajadores, fue uno de los que encabezó la huelga. Fue denunciado por Ley de Seguridad Interior del Estado y debió pasar a la clandestinidad.

y la “organa”, surgida a continuación de la toma del fundo San Miguel de Aconcagua, que se proponía radicalizar al campesinado. Las acciones de estos grupos no llegaron a ser significativas, pero fueron utilizadas por la derecha como insumo para atacar a Salvador Allende. En 1970, con la victoria del candidato de izquierda, los “elenos” y los “organa” se sometieron a la autoridad del PS e integraron la comisión de defensa de la colectividad, que, dicho sea de paso, fue la estructura socialista que el 11 de septiembre de 1973 combatió en La Moneda, Indumet y La Legua.

Después del golpe cívico-militar de 1973, el PC fue ilegalizado, viéndose obligado a pasar a la clandestinidad. En esa etapa, el objetivo fue preservar la vida de sus militantes y mantener a salvo las estructuras. En 1975 fue detenida parte de la dirección de la juventud, en 1976 la primera dirección clandestina encabezada por Víctor Díaz, y en 1977 el segundo núcleo direccional a cargo del historiador Fernando Ortiz. En 1978, un equipo de dirigentes encabezado por Gladys Marín, secretaria general de las Juventudes, ingresó a Chile para conducir la organización hasta el fin de la dictadura.⁹

El PS en la clandestinidad decidió fusionar las estructuras de la juventud con las del partido para crear una dirección única. En junio de 1975 fue detenido y desaparecido el primer núcleo direccional encabezado por Exequiel Ponce y Carlos Lorca, y a fines de 1975 fue desintegrada la segunda dirección clandestina. Desde comienzos de 1976, un tercer cuerpo de dirección dirigido por Albino Barra logró consolidarse y conducir el partido hasta el fin de la dictadura. En esos años también sufrió la atomización de sus estructuras, surgiendo diversos grupos que reivindicaron la legitimidad partidaria (Pérez 2021).

Después del golpe cívico-militar de 1973, el PC fue ilegalizado, viéndose obligado a pasar a la clandestinidad.

En 1979 se dividió el grupo más numeroso del PS en Chile, cuyo secretario general, Carlos Altamirano, se encontraba en Berlín oriental. Esta división se produce por las contradicciones internas, que eran orgánicas —vinculadas al tipo de organización y al lugar donde debía ubicarse la dirección— e ideológicas —centradas en el dilema de si iniciar un acercamiento a la socialdemocracia internacional o seguir vinculado al socialismo real. Con el quiebre, un grupo mayoritario en el exterior, dirigido por Altamirano, se aleja de su ideología tradicional para adoptar los postulados socialdemócratas europeos. El segmento principal en Chile, conducido desde Berlín por Clodomiro Almeyda, se mantiene vinculado al socialismo real. A mediados de los años ochenta, este grupo adopta la política de lucha democrática de masas en la perspectiva insurreccional, que nunca llegó a utilizar las formas de lucha

⁹ Para un conocimiento acabado de esos años de obligada clandestinidad del PC, véase Álvarez (2003).

armada. En los últimos años de la dictadura parte importante de este segmento rompe con los socialismos reales asumiendo la socialdemocracia.

Siete años después del golpe, el PC diseña la “Política de Rebelión Popular de Masas”, por la que autoriza el empleo de todas las formas de lucha contra la dictadura. Entonces, crea el Trabajo Militar de Masas (Milicias Rodriguistas), el Frente Patriótico Manuel Rodríguez (fuerza militar propia), y un trabajo orientado a las Fuerzas Armadas (“Clarín”). Durante seis de sus, hasta entonces, 74 años de existencia, y solo bajo el autoritarismo, después de haber perdido dos direcciones con centenares de militantes desaparecidos, miles de torturados y exiliados, el PC se apartó de su tradicional política electoral y pacífica.

La Política de Rebelión Popular de masas tuvo corta duración. A fines de 1986, debido al descubrimiento de armas en Carrizal, al fallido atentado al general Pinochet en el río Maipo, y al alejamiento del PS de Clodomiro Almeyda, el PC desmantela las estructuras armadas y vira hacia sus antiguas tradiciones políticas.

Después del golpe, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria se vio obligado a pasar a la clandestinidad, donde levanta la consigna “el MIR no se asila”, para señalar que sus miembros se quedan en el país desafiando a los militares. En 1975, luego del enfrentamiento en una parcela de Malloco entre sus líderes y agentes de la DINA, fue prácticamente desintegrado. A fines de esa década inicia una política para re-articularse en el interior, conocida como “Plan 78” u “Operación retorno”, por lo que algunos militantes regresaron a Chile. Con los retornados y los miembros que habían permanecido en el país o habían sido reclutados en los años inmediatamente anteriores, el MIR organiza estructuras que realizan asaltos a bancos, sabotajes, ataques a figuras de la dictadura. También implementa un trabajo de milicias en los barrios populares, una radio, una agencia de noticias clandestinas, y un campamento guerrillero en Neltume. Hacia 1985, el MIR se había dividido en tres grupos.

Después del golpe, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria se vio obligado a pasar a la clandestinidad, donde levanta la consigna “el MIR no se asila”, para señalar que sus miembros se quedan en el país desafiando a los militares.

Por diferencias estratégicas frente al gobierno de Allende, el MAPU se había dividido en 1973. Después del golpe militar ambos grupos pasaron a la clandestinidad, donde intentaron sobrevivir conservando algunas estructuras. A mediados de los 70 en el exilio, parte importante de sus militantes se alejaron de las concepciones antiguas del partido para adherir a la socialdemocracia.

4.

LA “TRANSICIÓN A LA DEMOCRACIA”

A comienzos de los años noventa termina la Guerra Fría con el desmoronamiento de la Unión Soviética y los llamados “socialismos reales” europeos. En Chile, su ocaso coincide con la recuperación de la democracia tras 17 años de autoritarismo, lo que da inicio al periodo de “transición a la democracia”, desde octubre de 2019 rebautizado por los manifestantes como “No son 30 pesos, son 30 años”.

Durante la “transición a la democracia”, en el PS adquirieron mayor protagonismo los grupos críticos a los “socialismos reales”. Estas fracciones presionaron para que la colectividad adoptara la socialdemocracia como su orientación ideológica principal, aunque no suprimiera totalmente el marxismo.¹⁰ Así, el PS se alejó de su acerbo teórico marxista, latinoamericanista e independiente de las internacionales. Fue un cambio copernicano y, probablemente, uno de los factores de mayor incidencia en la pérdida de adhesión que tiene hoy, porque bajo la ideología socialdemócrata, en lugar de continuar aspirando a superar el capitalismo (objetivo por el que había nacido), solo se propuso re-democratizar el país, mejorar la situación de los sectores postergados y velar por el respeto a los derechos humanos. Se abrió a suscribir acuerdos que, por sus alcances, creo, legitimaron el modelo neoliberal.

El PC sintió la caída de la Unión Soviética a la que siempre había apoyado.¹¹ Algunos de sus militantes se marginaron al constatar los déficits de los “socialismos reales” por los que el sistema había colapsado. En términos ideológicos continuó adscribiendo al marxismo-leninismo y reafirmando su vocación democrática, así como el análisis crítico de la realidad nacional. En parte porque no estaba convencido de que el camino para la constitución de una democracia era el impulsado por el presidente Patricio Aylwin, y porque la DC lo vetó, el PC no participa en los gobiernos de la “transición a la democracia”. Entonces, desde 1990 en adelante, el PC se dedica a vigilar que las administraciones no vulneren los derechos humanos, a diseñar una política anti-neoliberal y a organizar a los grupos más postergados de la sociedad. Durante esas décadas también compite electoralmente con escaso éxito. El MIR, prácticamente, desapareció como actor político relevante, subsistiendo algunos colectivos que reivindican su memoria.

En los últimos años de la dictadura y primeros de la “transición a la democracia”, una de las escisiones del MAPU, llamado Movimiento Juvenil Lautaro (MJL) o simplemente MAPU-Lautaro, cobra notoriedad.

¹⁰ En la actual Declaración de Principios del PS se lee: “En el Partido Socialista de Chile confluyen distintas expresiones del pensamiento emancipador y transformador del mundo contemporáneo, insertas todas en la matriz crítica de la sociedad capitalista. Es así que convergen en su seno el pensamiento marxista enriquecido y rectificado por todos los avances científicos y el devenir social, con las mejores tradiciones humanistas y con los valores solidarios y libertadores del mensaje cristiano”. Declaración de Principios del Partido Socialista de Chile. Disponible en: <http://americo.usal.es/oir/opal/Documentos/Chile/Partido%20Socialista%20de%20Chile/PSDeclaraPrincipios.pdf> [30 de marzo 2021].

¹¹ Luis Corvalán, histórico secretario general del Partido Comunista, dijo que en el partido eran “soviethinchas”.

Estaba integrado, principalmente, por jóvenes de poblaciones y estudiantes. La organización tenía una propuesta novedosa en términos de la libertad individual, auspiciando el consumo de marihuana, el aborto libre, el uso de condones que repartían en liceos. El grupo realiza asaltos a bancos, rescates y atentados. Hacia 1994 fue totalmente desarticulado y sus líderes capturados por los servicios de seguridad.

Durante los primeros tiempos de la “transición a la democracia”, parte importante de la militancia de todos los grupos en que se había subdividido el MAPU, excepto el MAPU-Lautaro, ingresa al PS, otros dejan de militar y unos pocos siguen reivindicando su memoria.

5.

LA IZQUIERDA Y EL ESTALLIDO SOCIAL

Aunque conocía el descontento social que se había ido acumulando en los años inmediatamente anteriores, la izquierda tradicional se vio sorprendida por la envergadura y masividad de las protestas de octubre de 2019.

El PC intentó conducir las, pero su éxito fue escaso, no pudiendo capitalizar el descontento popular para sus intereses estratégicos. Muchos de los manifestantes críticos a la política erróneamente creyeron que el PC también tenía responsabilidades en los 30 años del pasado reciente. Entonces, los comunistas velaron por el respeto a los derechos humanos, asumiendo como propias las demandas de la gente.

El PS quedó inmediatamente marginado de la conducción de las manifestaciones, aunque sus militantes participaron en estas tratando de que fueran pacíficas. Como resultado de las protestas, su militancia asume la opinión de los manifestantes sobre el comportamiento de la organización durante la “transición a la democracia”. Por eso, características del proceso que hasta octubre de 2019 eran ressaltadas (estabilidad democrática, reconciliación, austeridad macroeconómica, crecimiento sostenido), son censuradas, y quienes las habían implementado, marginados.

6.

LA NUEVA IZQUIERDA

Como ya vimos en el seminario del martes pasado (Riquelme Segovia y Lozoya 2021), la nueva izquierda nacional está compuesta por colectivos surgidos en el posmodernismo, lo que la diferencia de la izquierda tradicional, que, recordemos, había sido creada en la modernidad por los efectos que el ca-

pitalismo producía en un número importante de personas, y cuya meta era construir el socialismo. Las agrupaciones de la nueva izquierda, en su mayoría, florecieron de las tomas de colegios del año 2006, y las protestas por educación pública, gratuita y de calidad de 2011. Son la izquierda que sus ideólogos llaman ciudadana, cuyo marco teórico no reconoce como propias las ideologías de la izquierda tradicional, aunque aún no tiene muy acabadas sus definiciones teóricas. Proponen un buen vivir como lo plantea Revolución Democrática, uno de sus partidos más importantes. Ejercen una crítica profunda al neoliberalismo y al periodo de “transición a la democracia” que, según ellos, lo legitima. Son proclives al asambleísmo por lo que en ocasiones se les hace difícil tomar decisiones o estas tardan demasiado. Censuran al PS porque favoreció el neoliberalismo y exageró la negociación en un sistema democrático.¹² Al PC lo critican porque su ideología es anticuada, no siendo capaz de interpretar las características de las sociedades posmodernas, y porque apoya a Corea del Norte y Venezuela donde, según ellos, se violan los derechos humanos.

7.

LA NUEVA IZQUIERDA Y EL ESTALLIDO DE OCTUBRE

A la nueva izquierda no la sorprende la envergadura de las manifestaciones, ya que sabían del malestar que se había incubado en la sociedad y, constantemente, lo denunciaban. Estas colectividades tuvieron mayor cercanía con los que protestaban, pero no contaron con estructuras territoriales para conducir las manifestaciones.

A modo de ejemplo de lo que estoy diciendo, recuerdo un atardecer de un viernes de comienzos de noviembre de 2019 en la esquina de Salvador y Avenida Providencia. En el sector se realiza una manifestación en la que participan cientos de miles de personas tocando cacerolas y pitos. Teniendo en mente las protestas ochenteras, a unos amigos de Convergencia Social (CS) les pregunto: “¿dónde debemos ir? y ¿cuál es la consigna?”. Me respondieron que no había slogans, y que la manifestación no tenía conducción por lo que no sabían hacia dónde marchar. Poco después, en una camioneta roja, portando banderas y haciendo sonar los bombos, aparece un grupo de la Garra Blanca (hinchada de Colo Colo). A gritos llaman a seguirlos por Providencia hacia el oriente. Miles de personas los siguieron. Esa fue la única conducción que constaté porque era un grupo organizado capaz de dictar una pauta.

¹² El exceso de negociación o la poca transparencia en esta es llamado popularmente “la cocina”. El ejemplo más nítido de esta práctica fue la eliminación del 11 de septiembre como día feriado. En efecto, el 11 de noviembre de 1998, por la Ley 19.588 se crea el “Día de la unidad nacional”, por el que todos los años será festivo el primer lunes de septiembre. Esta ley fue producto de un acuerdo entre Andrés Zaldívar, presidente del Senado, y Augusto Pinochet, senador vitalicio. En el marco de este proceso Pinochet y Zaldívar ocuparon la testera del Senado, lo que causó gran indignación en amplios sectores de la opinión pública.

A mediados de noviembre de 2019, al firmarse el “Acuerdo por la paz social y nueva Constitución”, que posibilita la salida pacífica al convocar a un plebiscito para que la ciudadanía se pronunciara si está de acuerdo en crear una nueva Constitución, parte importante de los grupos que habían encabezado las protestas como la “primera línea”, la “Garra Blanca” y jóvenes de barrios periféricos, lo criticaron porque, para ellos, fue un acuerdo entre las élites y una traición a los que han luchado, a los que perdieron los ojos o estaban detenidos. Además, desde el comienzo del estallido, los grupos más radicales denuncian que los líderes de la nueva izquierda son parte de las élites nacionales y de la clase política y, por lo tanto, responsables de lo que más repudian. Por ese enfoque, Beatriz Sánchez, la excandidata presidencial del Frente Amplio (FA), y Gabriel Boric, actual pre-candidato presidencial de CS, fueron “funados” cerca de la Plaza de la Dignidad.

8.

PARA FINALIZAR

Los jóvenes que consiguieron que el Gobierno sacara la estatua del general Manuel Baquedano de la Plaza Italia son diversos. Hay integrantes de grupos anarquistas que proponen una ruptura institucional; estudiantes universitarios y secundarios anti-neoliberales; jóvenes profesionales con y sin empleo descontentos con su situación económica; y muchachos de barrios periféricos, con limitado acceso a la educación y al consumo. Los une un discurso anti-partido y la desconfianza a las élites. Ideológicamente, no pertenecen a esa comunidad que mezcló historia y utopía en un largo proceso para construir una sociedad superior a la capitalista, que identificó a la izquierda tradicional.

Estos jóvenes, tratando de mantener sus barrios libres de fuerzas policiales —al igual que en los años ochenta hicieron militantes de los partidos de la izquierda— han recuperado parte de la memoria histórica de esa comunidad, pero como tienen una profunda desconfianza con la política, no rescatan el recuerdo más importante que es la vía electoral. Sobre estos jóvenes ni la izquierda tradicional ni la nueva izquierda ciudadana tiene mayor influencia. Aunque esta última por una cuestión generacional tiene mayor cercanía.

No es posible saber si los jóvenes que participaron en las manifestaciones van a votar en las elecciones para elegir a los integrantes que redactarán la nueva carta magna. De hacerlo, la correlación de fuerzas existente hasta hoy podría verse alterada y, las corrientes más radicalizadas, beneficiadas.

El PS que permutó su ideología tradicional por la socialdemócrata, ha perdido importantes bases que lo apoyaban. El PC ha mantenido su ideología, y también ha extraviado sus apoyos, aunque logra retener algunos núcleos tradicionales. Y a la nueva izquierda ciudadana, a medida que se va

institucionalizando en el sistema político, le cuesta sintonizar con las demandas de los jóvenes más radicales.

Antes de despedirme quiero dejar planteada una última interrogante. Esta es si la izquierda tradicional, surgida para construir el socialismo mezclando historia y utopía, podrá mantener su importancia como propulsora de cambios sociales si ya no tiene esa meta o es imposible de conseguir. Si la respuesta es negativa, es posible aventurar que será reemplazada por la izquierda ciudadana de la posmodernidad, que no se propone alcanzar el socialismo, sino superar el neoliberalismo. Si estoy en lo correcto —y espero no estarlo— en poco tiempo comprobaremos que más de un siglo de vida de la izquierda tradicional habrá concluido, vencida por las enormes transformaciones de la sociedad chilena bajo el neoliberalismo; por no haber advertido que adherir a la socialdemocracia internacional en el contexto de la “transición a la democracia” legitimaba el modelo neoliberal; y vencida también por su dogmatismo respecto de los patrones internacionales a seguir.

BIBLIOGRAFÍA

Álvarez, R. 2003. *Desde las sombras. Una historia de la clandestinidad comunista (1973-1980)*. Santiago: LOM.

Guevara, E. C. 1977. *El socialismo y el hombre nuevo*. México DF: Siglo XXI.

Lenin, V. I. U. 2021. La bancarrota de la II Internacional, 1916. Disponible en: <http://bitacoramarxistaleni-nista.blogspot.com/2015/03/recordando-las-condiciones-objetivas-y.html> [30 de marzo 2021].

Pérez, C. 2015. *Memorias militantes. Hernán del Canto un hombre de Allende*. Santiago: Ventana Abierta.

Pérez, C. 2021. *La vida con otro nombre. El Partido Socialista en la clandestinidad (1973-1979)*. Santiago: Catalonia, Universidad Diego Portales Escuela de Periodismo.

Pérez, C. y Berástegui, R. 2014. *Memorias militantes. La historia de Roberto Moreno y el MIR*. Santiago: Ventana Abierta.

Riquelme Segovia, A. 2021a. Fundamentos históricos y doctrinarios de la izquierda en Chile. Ciclo La izquierda chilena: miradas desde el presente. Exposición en el Centro de Estudios Públicos, 16 de marzo de 2021. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=Lp3fSLBb7Pg> [30 de marzo 2021].

Riquelme Segovia, A. 2021b. La izquierda chilena: continuidades y mutaciones (2-18). *Puntos de Referencia* 570. Disponible en: <https://www.cepchile.cl/cep/puntos-de-referencia/puntos-de-referencia-2010-2021/puntos-de-referencia-2020/ciclo-la-izquierda-chilena-miradas-desde-el-presente-i> [15 de junio 2021].

Riquelme Segovia, A. y Lozoya, I. 2021. Fundamentos históricos y doctrinarios de la izquierda en Chile. Ciclo La izquierda chilena: miradas desde el presente. Exposición en el Centro de Estudios Públicos, 16 de marzo de 2021. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=Lp3fSLBb7Pg> [30 de marzo 2021].

PREGUNTAS DEL PÚBLICO

Lucas Sierra

Muchas gracias Katherine y Cristián. Tenemos algunas preguntas. De Aldo Mascareño para Katherine: “¿Cómo evalúa usted históricamente la relación entre amenaza real y miedo de la élite política que asumió la dirección de la democracia en los años noventa? Porque es posible que el miedo de la élite haya sido un factor a favor de la estabilidad más que de cambio, pero en muchos sentidos la amenaza de regresión autoritaria era muy real, al menos durante el primer gobierno de la Concertación”.

Katherine Hite

Sí, gracias a Aldo. Es muy importante lo que dices. No quiero ignorar la correlación de fuerzas durante los años noventa, porque sí, fue real. Fue racional que la izquierda gobernante —o centroizquierda gobernante de esa época— anduviera con mucho cuidado, muy lento, pensando “dentro de lo posible”, como decía Aylwin.

Pero también diría que si empezamos a mirar un poco más finamente —estoy basando mucho de mi análisis en las entrevistas que hice con distintos líderes, desde el PC hasta los ex MAPU, y creo que hay diferencias— lo que realmente me impactó fue esa trama en torno a la pérdida de control durante 1970, 1971, 1972 —la culpa, el deseo de no perder el control. Eso costó tanto, no solo en términos de la política de los noventa, sino también en términos de lo que hacían dentro de sus propios partidos políticos con los jóvenes, pues no estaban haciendo nada con los jóvenes. Cuando uno piensa en la historia de la izquierda chilena, como decía Cristián, desde las bases hasta los líderes uno ve una política muy viva en los colegios, en las universidades, con liderazgos de los distintos partidos. Entonces, esa manera insular de tratar la política, de no querer incorporar a los jóvenes en sus partidos ni mucho menos a la ciudadanía en general, fue algo muy problemático, y creo que los resultados los vemos hoy día. Es demasiado simple decir “bueno, si la correlación de fuerzas fue así, tuvimos que aceptarla”. Podría haber sido distinto.

Lucas Sierra

Gracias Katherine. Una pregunta de Fernando León para Cristián: “Profesor Pérez, ¿cuál es el marco teórico ideológico de la nueva izquierda?”. A mí me gustaría sumar una pregunta para Cristián: ¿Por qué usas el adjetivo ‘ciudadana’ para esta nueva izquierda? Y finalmente: ¿Por qué sigue siendo izquierda, si lo que la caracteriza es su oposición al neoliberalismo? Tenemos otros grupos que no caracterizamos como de izquierda que se oponen al neoliberalismo. Hay corrientes en la derecha más corporativistas, más nacionalistas, y autores muy relevantes hoy día que también se oponen al neolibe-

ralismo, pero no los categorizamos como de izquierda.

Cristián Pérez

Es una pregunta bien compleja. La nueva izquierda es muy reciente en términos de fechas, por tanto sus marcos teóricos no están acabados. Diría que no tienen todavía un marco conceptual. Lo que sí tienen es una crítica permanente a los 30 años de la transición y al sistema neoliberal. Es cierto que hay grupos de derecha que son neoliberales, pero hay algo que los hace rescatar cierta tradición proveniente de ideas sobre la importancia del Estado. La Corfo, por ejemplo. Yo creo que ellos [los de la nueva izquierda] están intentando por ese lado, y por eso ellos mismos se autodefinen de izquierda: porque plantean cierta recuperación de la memoria de la izquierda chilena tradicional en términos de las prácticas: la lucha electoral, la lucha en las universidades, en los centros de alumnos desde donde surgen. Pero creo que no tienen un marco teórico muy acabado; entonces, desde mi punto de vista, es muy difícil decir en qué se basan.

Lo que sí es que están construyéndolo como se construyó prácticamente el marco teórico de la izquierda: en el combate mismo, en la lucha, en el accionar. Cuando uno los escucha hablar es muy difícil saber cuál es el sustento filosófico que tienen. Son pragmáticos, hablan del aquí y el ahora, de la crítica al neoliberalismo y de lo que piensan hacer como país. Pero ninguna de esas cosas está definida.

El más brillante de sus ideólogos, Carlos Ruiz, creo que es quien mejor definió como ciudadana a esta nueva izquierda. Me imagino que es porque intenta representar las demandas ciudadanas, críticas a los 30 años.

Lucas Sierra

Bien Cristián, gracias. Una pregunta para Katherine de Cecilia Ester: “¿El temor manifestado por Núñez y Allende hoy parece ser justificación para la triste atomización de la centroizquierda?”. Yo querría agregar, continuando con esa pregunta: ¿Es finalmente una cuestión generacional, entonces, el problema de la izquierda? ¿Cargada de subjetividad? ¿No hay condiciones objetivas? Es poco marxista lo que le pasa a la izquierda.

Katherine Hite

Lo que veo es temor. Pero con mi cita de Núñez también vi que eso se traduce en la insularidad dentro de esa cúpula, y en la justificación de un modelo neoliberal que estaba funcionando bien. Entonces, la atomización es algo fundamental; es central a la teoría de la democracia la idea de que los partidos políticos agregan los distintos intereses de la sociedad y que responden a los ciudadanos. Lo que ellos realmente tenían —y lo pudimos ver durante los años noventa— era una política insular con respecto

a lo que pasó entre los líderes de los partidos y la ciudadanía. Ello no justifica, sino que explica lo que es pensar más a fondo el partido político posdictatorial.

En cuanto a las generaciones, en todos los estudios de la memoria histórica chilena esa idea de generaciones muy marcadas es fuerte, porque hay fechas muy marcadas en Chile: 1970, 1973, 1988, 1990, y eso distingue dentro de la izquierda tanto como en la sociedad en general. Uno ve en las encuestas —acá en mi país [Estados Unidos] es lo mismo— políticas distintas según generaciones. Eso también apoya lo que Cristián estaba diciendo sobre estas nuevas izquierdas, no sé si posmodernas, pero sí pragmáticas, y con políticas muy socialdemócratas en muchas partes del mundo. Entonces sí: hay una fuerte relación entre generaciones y memoria. Gente como Manuela Badilla ha trabajado mucho en esa generación posdictatorial: se ve que en el estallido social hay una interpretación distinta de lo que fue la dictadura en relación a la generación que yo entrevisté a fondo.

Lucas Sierra

Gracias Katherine. Una pregunta para Cristián: “¿Consideras que hay revolución hoy en Chile?”.

Cristián Pérez

No creo. Lo que creo es que estamos viviendo un momento refundacional. Qué bueno que salga esta pregunta; lo dije al principio y quizá pasó desapercibido. Las nuevas generaciones están mirando el pasado con los ojos de esta generación e intentando construir un nuevo país, un nuevo orden institucional, un nuevo Estado: el de ellos.

Si habláramos en términos marxistas tendríamos que preguntarnos por las condiciones objetivas, eso sería lo primero. Tendríamos que ver si hay explotación capitalista, si hay pobreza, si hay organizaciones políticas capaces de llevar a cabo una transformación profunda.

Y después faltaría una cuestión central, que es lo que yo creo que no pasó en el estallido: el estado mayor de la revolución porque, si no hay estado mayor de la revolución no hay revolución posible, al menos hablando desde los clásicos marxistas. Lo pongo en otras palabras: un par de días antes del Acuerdo [del 15 de noviembre de 2019], cuando el gobierno estaba muy debilitado, si se hubiera constituido el estado mayor de la revolución, a lo mejor el poder hubiera cambiado de manos. No sé hacia qué ni hacia dónde, pero ahí probablemente se dieron condiciones objetivas y subjetivas. Pero no creo estar en presencia de una revolución. Me parece que el término es muy fuerte para los jóvenes de hoy en día. No creo que mis alumnos sean revolucionarios, aunque muchos de ellos digan que sí: una cosa es decir y otra muy distinta es hacer.

Creo que estamos en un momento refundacional en que los sectores marginales buscan un protagonismo que durante toda la historia de Chile no han tenido. Se dieron cuenta de que son una

fuerza motriz muy importante para hacer cambios, y están aprovechando para hacerlos. No hay ambiente prerrevolucionario, sino más bien de cambios ordenados, porque después de todo lo que pasó estamos metidos en una elección de constituyentes. Chile es así: al final resuelve los problemas, o por una guerra civil, con un golpe de Estado, o por una negociación, que es lo que lo que pasa ahora.

Lucas Sierra

Muy bien, muchas gracias. ¿Katherine tú quieres decir algo?

Katherine Hite

Solo quería plantear una pregunta, un poco ligada a lo que me preguntó Cecilia. Se relaciona con esa idea de momento refundacional que plantea Cristián. Quiero preguntarles como una afuerina tratando de entender. Viendo lo que viene con la elección de constituyentes, la derecha tiene una lista bastante unida y la izquierda tiene siete u ocho listas distintas. ¿Qué va significar eso? Ayúdenme a explicar un poco lo que podría pasar con esa situación.

Lucas Sierra

Interesante. Yo creo que Cristián puede intentar ahí una respuesta. Hay una pregunta que tiene que ver también con lo que pregunta Katherine, de un espectador anónimo: “¿Tiene el FA capacidad para articular de buena forma las demandas? ¿Y qué opinan de la división de la izquierda?”.

Cristián Pérez

A mi parecer, el FA, o esta nueva izquierda, no tiene hoy capacidad de articular las demandas sociales. No digo que no la vaya a tener en un tiempo más: digo hoy día. Al institucionalizarse perdieron muchos de los lazos con quienes los habían impulsado. Diría que ese es un problema serio. Probablemente no tuvieron otra alternativa que entrar en política, y en la política de ligas mayores hay que ir al Congreso, hay que negociar. Gabriel Boric, por ejemplo, firmó el Acuerdo.

Creo que la institucionalización dificulta al FA la conducción de las demandas sociales. De hecho, no conduce las demandas de la calle, de eso estoy completamente seguro. En realidad, quien conduce las demandas es la Garra Blanca, es la única que tiene cierta organización como para decir “vamos para acá, vamos para allá, gritemos esto”. A ningún partido del FA lo vi en eso.

Lo que sí creo es que el FA está en un aprendizaje político muy fuerte, muy rápido. Le tocó intentar o estar en procesos de refundación del país. Mi sensación es que hay FA para rato, a pesar de sus problemas internos. Como esto es electoral y se resuelve por la vía electoral hay un momento en que tienen que unirse, no tienen alternativa.

Y respecto de las listas, yo creo que la izquierda tradicional más la nueva izquierda se hizo el harakiri. Habiendo un momento refundacional, donde podía obtener una amplia mayoría de constituyentes y hacer una Constitución a su medida, se farreó ese momento. Por apetitos de poder, por querer diferenciarse de los otros, y no sé por qué más razones. Creo que cometió un error que le va a pesar.

Lucas Sierra

Katherine tú hablaste de la caída del Muro. El contexto internacional siempre ha tenido un significado muy importante para la izquierda, a pesar de las vocaciones más regionalistas o nacionalistas, así como algunas adaptaciones de las que hablaba Cristián. Tú estás en Estados Unidos, tienes otra perspectiva, aprovechemos esa perspectiva: ¿Cómo ves el escenario, el contexto internacional? Tus entrevistados vivieron en lo que conocimos como la Guerra Fría más descarnada, y con la caída del Muro todo eso, por lo menos como lo conocíamos, desapareció. ¿Cómo ves tú este contexto internacional en la evolución de la izquierda?

Katherine Hite

Para el libro que hice, todos mis entrevistados fueron ex exiliados en distintas partes del mundo. Lo hice así pensando que sería interesante ver las influencias de los distintos ciclos de exilio en la política. Entrevisté, por ejemplo, a José Antonio Viera-Gallo, quien estuvo en Roma, Enrique Correa y José Miguel Insulza, tratando de ver en ellos la influencia de estos distintos ciclos. Y al final entendí que el contexto internacional no tenía mucho impacto para ellos. Cuando volvieron a Chile hicieron realmente una política muy nacional.

La caída del Muro obviamente impactó a la izquierda chilena, a la izquierda en todo el mundo. Pero ahora, siendo una gringa aquí en un país que nunca ha tenido la riqueza de un sistema multipartidario de representación —uno donde la ciudadanía realmente entienda las diferencias entre izquierda, centro y derecha— la advertencia que intenté ofrecer en mi ponencia consiste en saber qué pasa cuando deja de ser obvio cómo articular los deseos de la ciudadanía, cuando no hay una forma de articularlos como lo hemos hecho tradicionalmente a través de los partidos políticos: ¿qué pasa en esos casos?

Estoy viviendo acá en Estados Unidos una experiencia desde el año 2016 con la elección de Trump: un populista derechista. Esa elección nos costó mucho en términos de la violencia que estamos viviendo hoy. Si hemos acabado con el sistema tradicional partidario, ¿qué es lo que lo reemplaza? Ese es uno de

los grandes desafíos. Acá vemos a diez miembros del Congreso que son socialdemócratas. Ni siquiera se trata de un partido; es una organización dentro del Partido Demócrata. Pero es algo nuevo. Sería nuestra nueva izquierda de hoy día. Pero para mí es muy peligroso cuando no hay forma de representar los grandes deseos de cambio. Eso es lo que uno ve muy claramente en Chile: sigue siendo un ejemplo al mundo en ese sentido. Todo el mundo habla de la nueva Constitución con paridad de género, con representación de los indígenas. Ha sido un modelo global, todos miran qué va a pasar.

Lucas Sierra

Con esta nota que mira hacia el futuro damos término a esta segunda sesión sobre prácticas políticas de la izquierda en Chile. Muchas gracias a ambos.



CENTRO DE ESTUDIOS PÚBLICOS

Cada artículo es responsabilidad de su autor y no refleja necesariamente la opinión del CEP.

Director: Leonidas Montes L.

Editor: Juan Luis Ossa S.C.

Diagramación: Pedro Sepúlveda V.

[VER EDICIONES ANTERIORES](#) ↓